

Y, ¿quién es mi hermano?

Eduardo Pérez-Cotapos L. ssc

El 4 de octubre de 2020, el Papa Francisco publicó la encíclica *Fratelli tutti* (FT) «Sobre la fraternidad y la amistad social». Un nuevo texto inspirado en el horizonte espiritual de Francisco de Asís. «Este santo del amor fraterno, de la sencillez y de la alegría, que me inspiró a escribir la encíclica *Laudato si'*, vuelve a motivarme para dedicar esta nueva encíclica a la fraternidad y a la amistad social. Porque san Francisco, que se sentía hermano del sol, del mar y del viento, se sabía todavía más unido a los que eran de su propia carne. Sembró paz por todas partes y caminó cerca de los pobres, de los abandonados, de los enfermos, de los descartados, de los últimos» (FT 2). Son dos textos que se complementan mutuamente, en torno al cuidado de nuestra casa común y al mutuo cuidado que nos debemos los unos a los otros.

Buscando un fundamento bíblico

En estas notas me centraré en el capítulo segundo titulado «Un extraño en el camino» (números 56 a 86). Esta sección hace un recurso explícito y amplio a la parábola habitualmente conocida como «En buen samaritano» (Lucas 10,25-27) para dar un fundamento teológico-bíblico a la reflexión propuesta. «Esta parábola recoge un trasfondo de siglos. Poco después de la narración de la creación del mundo y del ser humano, la Biblia plantea el desafío de las relaciones entre nosotros. Caín destruye a su hermano Abel, y resuena la pregunta de Dios: “¿Dónde está tu hermano Abel?” (Gn 4,9). La respuesta es la misma que frecuentemente damos nosotros: “¿Acaso yo soy guardián de mi hermano?” (ibíd.). Al preguntar, Dios cuestiona todo tipo de determinismo o fatalismo que pretenda justificar la indiferencia como única respuesta posible» (FT 57). La pregunta divina dirigida a Caín nos habilita «a crear una cultura diferente que nos oriente a superar las enemistades y a cuidarnos unos a otros» (FT 57). Esta es, precisamente la finalidad de la encíclica.

Como es bien conocido, toda parábola responde a una problemática de base, a un conflicto. Es respuesta a ese conflicto, desafiando a entender las cosas desde otro punto de vista; desde la óptica de Dios y no desde nuestro siempre estrecho horizonte humano. Una buena parábola nos introduce en un proceso de reflexión que conduce a una conversión, un reordenamiento y ampliación de nuestros horizontes mentales.

La parábola del buen samaritano ciertamente es un texto valiosísimo. Pero con mucha frecuencia no se lo lee como una auténtica parábola que nos ayude a cambiar de horizontes de juicio. Un ejemplo clásico de este tipo lectura es el siguiente: «La respuesta a su llamada [de Jesús] exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10,29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin

excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5,29-32), que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10,13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1,40-45), que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7,36-49; Jn 8,1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4,1-26)» (Aparecida 135). Desgraciadamente, la simple insistencia en el «deber ser» es incapaz de conducir a una auténtica conversión del corazón. Una conversión como la que hoy necesitamos.

¿Cuál es la problemática subyacente?

El capítulo primero, «Las sombras de un mundo cerrado» (números 9 a 55), ofrece una buena mirada de lo que la encíclica califica como «sombras» y «cerrazones» de nuestro mundo. Destaco, en una selección muy personal, algunos de estos rasgos:

- En la actualidad se está imponiendo un modelo cultural único, que unifica al mundo, pero divide a las personas y a las naciones; que nos hace más cercanos, pero no más hermanos.
- Una pérdida del sentido de la historia que disgrega, postulando una libertad humana que pretende construirlo todo desde cero. Y de este modo reinar sin oposiciones, destruyendo o descalificando todo lo que sea diferente.
- Se ha sembrado en nuestro mundo una desesperanza y una desconfianza permanentes, que nos exaspera, nos polariza, y nos impide escuchar la voz del diverso. Nos vemos enfrentados todos contra todos, buscando vencer; es decir, destruir al otro. Pero lo que de verdad necesitamos es construirnos un «nosotros» que habite la casa común.
- Sobre este telón de fondo, ciertas partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites. Solo cuentan intereses individuales, olvidándose de los ancianos, los niños, los pobres, los «no útiles».
- Muchas veces se percibe que, de hecho, los derechos humanos no son iguales para todos. «La soledad, los miedos y la inseguridad de tantas personas que se sienten abandonadas por el sistema, hacen que se vaya creando un terreno fértil para las mafias. Porque ellas se afirman presentándose como “protectoras” de los olvidados, muchas veces a través de diversas ayudas, mientras persiguen sus intereses criminales» (FT 28). El miedo nos priva del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro
- Si bien nos podemos deslumbrar por los avances tecnológicos, el caminar actual de la humanidad parece carecer de un rumbo común. «Da la impresión de que se está produciendo un verdadero cisma entre el individuo y la comunidad humana. [...] Porque una cosa es sentirse obligados a vivir juntos, y otra muy diferente es apreciar la riqueza y la belleza de las semillas de la vida en común que hay que buscar y cultivar juntos» (FT 31). Estamos ante un deterioro de la ética y de la responsabilidad de los unos para con los otros.
- «Hoy podemos reconocer que nos hemos alimentado con sueños de esplendor y grandeza y hemos terminado comiendo distracción, encierro y soledad; nos hemos empachado de conexiones y hemos perdido el sabor de la fraternidad» (FT 33). El desafío de conversión

que esta situación nos plantea es claro: «demos un salto hacia una forma nueva de vida y descubramos definitivamente que nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado» (FT 35).

- «Si no logramos recuperar la pasión compartida por una comunidad de pertenencia y de solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes, la ilusión global que nos engaña se caerá ruinosamente y dejará a muchos a merced de la náusea y el vacío» (FT 36).
- «En los sectores acomodados de muchos países pobres, y a veces en quienes han logrado salir de la pobreza, se advierte la incapacidad de aceptar características y procesos propios, cayendo en un menosprecio de la propia identidad cultural como si fuera la única causa de los males» (FT 51). Destrozar la autoestima de alguien es una manera fácil de dominarlo. «No existe peor alienación que experimentar que no se tienen raíces, que no se pertenece a nadie. Una tierra será fecunda, un pueblo dará fruto, y podrá engendrar el día de mañana sólo en la medida que genere relaciones de pertenencia entre sus miembros, que cree lazos de integración entre las generaciones y las distintas comunidades que la conforman; y también en la medida que rompa los círculos que aturden los sentidos alejándonos cada vez más los unos de los otros» (FT 53).

La parábola del buen samaritano, ¿camino de conversión?

Necesitamos cambiar de horizonte. Eso está claro. Hay datos tradicionales que es útil recordar en este contexto. El más básico es que todos tenemos un mismo y único creador (ver Job 31,15), y por lo mismo somos radicalmente iguales. Desde tiempos muy antiguos está en Israel el principio «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Levítico 19,18), pero entendido habitualmente sólo en relación a los propios connacionales.

La superación de este nacionalismo comenzó ya en el Antiguo Testamento, en el marco de la reflexión sapiencial tardía: «El hombre sólo tiene misericordia de su prójimo, pero el Señor es misericordioso con todos los vivientes. Él reprende, corrige y enseña, y los hace volver como el pastor a su rebaño» (Sirácida 18,13). El Nuevo Testamento avanza en la misma línea con una célebre sentencia de Jesús: «Yo les digo: Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores; así serán hijos del Padre que está en el cielo, porque él hace salir el sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos» (Mateo 5,44-45). La consecuencia final de este horizonte es la propuesta de Jesús: «Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio. Entonces la recompensa de ustedes será grande y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los malos. Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso» (Lucas 6,34-35).

Los valores que estamos llamados a vivir están clarísimos. Como resume Francisco: «Este contexto ayuda a comprender el valor de la parábola del buen samaritano: al amor no le importa si el hermano herido es de aquí o es de allá. Porque es el amor que rompe las cadenas que nos aíslan y separan, tendiendo puentes; amor que nos permite construir una gran familia donde todos podamos sentirnos en casa. Amor que sabe de compasión y de dignidad» (FT 62). A mi entender

lo que debiéramos hacer está claro; el auténtico problema es cómo aprendemos a modificar nuestra mentalidad para ser hermanos realmente corresponsables los unos de los otros.

Luego la encíclica desarrolla una lectura de la parábola, bien escrita y con apuntes interesantes; pero que desgraciadamente, se reduce a un horizonte bastante clásico: invitar a identificarse con los diversos personajes que auxiliaron o no auxiliaron al herido: sacerdote, levita, samaritano. «¿Con quién te identificas? Esta pregunta es cruda, directa y determinante. ¿A cuál de ellos te pareces? Nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles. Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente» (FT 64).

Considero que este tipo de acercamiento ciertamente tiene su valor. Pero sufre la fragilidad de dejar todo en el nivel del deber ser, presuponiendo siempre que se dirige a una persona sana, capaz, con buenas posibilidades de acción. «La parábola nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común. Al mismo tiempo, la parábola nos advierte sobre ciertas actitudes de personas que sólo se miran a sí mismas y no se hacen cargo de las exigencias ineludibles de la realidad humana» (FT 67).

Una experiencia que transforma

También es posible otra lectura de esta parábola, que está insinuada, pero sin mayor desarrollo. Fue la lectura habitual en la vida de la iglesia hasta el siglo XIX, que invita a identificarse con el herido que yace al borde del camino. Lo que realmente convierte el corazón no es un discurso sobre el deber ser que nos llame a «hacer propia la fragilidad de los demás». Lo que de verdad nos hará cambiar son las experiencias dolorosas, en las cuáles no hemos sido auxiliados por «los nuestros», sino que nos ha salvado la intervención de aquellos que hasta ese momento despreciábamos como nuestros enemigos. «Miremos finalmente al hombre herido. A veces nos sentimos como él, malheridos y tirados al costado del camino. Nos sentimos también desamparados por nuestras instituciones desarmadas y desprovistas, o dirigidas al servicio de los intereses de unos pocos, de afuera y de adentro. Porque en la sociedad globalizada, existe un estilo elegante de mirar para otro lado que se practica recurrentemente: bajo el ropaje de lo políticamente correcto o las modas ideológicas, se mira al que sufre sin tocarlo, se lo televisa en directo, incluso se adopta un discurso en apariencia tolerante y repleto de eufemismos» (FT 76).

Para crecer en la fraternidad y la amistad social necesitamos cultivar «el deseo gratuito, puro y simple de querer ser pueblo, de ser constantes e incansables en la labor de incluir, de integrar, de levantar al caído» (FT 77). Este anhelo sólo será una pasión que nos conmueva interiormente («al pasar junto a él, lo vio y se conmovió», Lucas 10,33) cuando hayamos sido capaces de mirar de frente nuestras heridas y errores, reconociéndolos lealmente y aceptando la

indispensable ayuda de los que nos son diversos. «Las dificultades que parecen enormes son la oportunidad para crecer, y no la excusa para la tristeza inerte que favorece el sometimiento. Pero no lo hagamos solos, individualmente. ... estamos invitados a convocar y encontrarnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades; ... Dejemos de ocultar el dolor de las pérdidas y hagámonos cargo de nuestros crímenes, desidias y mentiras. La reconciliación reparadora nos resucitará, y nos hará perder el miedo a nosotros mismos y a los demás» (FT 78).

En ese momento dejaremos de estar enredados en debates teóricos sobre a quiénes debemos ayudar y como debiéramos hacerlo; y podremos estar movidos por la pasión de estar cerca de los dolientes y de los diversos. «Entonces, ya no digo que tengo “prójimos” a quienes debo ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo de los otros» (FT 81). Tal como nos lo dijo directamente el Papa a los chilenos: «Una Iglesia llagada es capaz de comprender y conmoverse por las llagas del mundo de hoy, hacerlas suyas, sufrirlas, acompañarlas y moverse para buscar sanarlas. Una Iglesia con llagas no se pone en el centro, no se cree perfecta, no busca encubrir y disimular su mal, sino que pone allí al único que puede sanar las heridas y tiene un nombre: Jesucristo».¹ Este es el mismo camino vivido por Jesús (ver Hebreos 2,17-18; 4,15).

¹ Francisco, *Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Chile*, 31 mayo 2018, número 6.